

QUERIENDO SER ANTROPOLOGO: entre el paradigma antropológico y las imágenes de un cuaderno de campo¹.

“A los Claudio por enseñarme que en el camino de la vida encuentras hombres buenos y malos: a ellos hay que entenderlos a partir de sus valores y creencias; aunque nos cueste”

VÍCTOR HUGO PACHAS C.
Antropólogo
Lima, Perú
vhpachas@yahoo.es

1. INTRODUCCION

Esta narración tiene por propósito exponer la primera experiencia de trabajo de campo de un estudiante de Antropología para mostrar las inquietudes y percepciones sobre dicho proceso. El trabajo de campo se realizó entre los meses de enero y febrero de 2001, en la comunidad de Florida; localiza en el distrito de Llata, provincia de Huamalíes del departamento de Huanuco.

Es difícil empezar a describir lo que busqué en ese trabajo de campo porque lo emprendí cuando era estudiante de Antropología, que terminaba el segundo año de la especialidad. Con todo el ímpetu de conocer más sobre lo que estaba entendiendo por Antropología me aventuré: puse mi cuaderno en la mochila y seguí a mi paradigma antropológico.

¹ Artículo publicado en Edilberto Huertas (editor), Revista RUNAMANTA N° 2-3, segunda época, octubre de 2007. Facultad de Humanidades, Universidad Federico Villarreal. Deposito Legal: 2007-13645, Biblioteca Nacional del Perú.

En los primeros años de especialidad comencé por empaparme de libros clásicos de Antropología, a dar los primeros pasos en formar un sentido crítico sobre las cosas que vivía diariamente. Mis ansiedades querían ser métodos, mis subjetividades opacaban lo que comúnmente entendemos por objetivo y se formó mi paradigma antropológico. El paradigma antropológico es cuando se esencializa al otro, al diferente en su comportamiento y modo de vida, es querer y creer encontrar en espacios geográficos al buen salvaje, al hombre aislado, al hombre tradicional.

Les presento el caso de un estudiante de antropología que se formó una imagen sobre la antropología en el Perú, una imagen que caracterizaba dos mundos: uno andino y el otro citadino; el indígena estaba esencializado, en el sentido que no tenía problemas en su vida diaria y que todas sus relaciones cotidianas transcurrían articulando rituales ancestrales en una armonía infinita.

Esta narración consta de tres partes: la primera, describe algunos aspectos del trabajo de campo en contraste con el paradigma antropológico; la segunda, describe las enseñanzas que me brindó la familia Claudio sobre la antropología; y en la tercera parte, quiero aproximar algunas conclusiones.

2. UN VELORIO SIRVIÓ DE ESPEJO: la primera nota de campo.

La primera página de mi cuaderno de campo está fechada ocho de enero del 2002, en esa página argumente las razones que me condujeron a elegir el anexo de Huancabamba como lugar de trabajo de campo. Este anexo se ubica en la parte nor-este del distrito de Llata, sobre los 3,600 m.s.n.m. y junto con el anexo de Hualgoy forman la comunidad campesina de Florida.

Durante los dos primeros días de estadía en Llata algunas personas me comentaron de un pueblo bastante cercano y muy particular:

“No tiene calles rectas como en otros pueblos de acá, todas las casas están en un orden insólito y ¿nadie sabe por qué?”

Otros también me decían:

“No tiene calles rectas, sino caminos que se entrecruzan por todas partes, eso es una aldea primitiva. Viven como Incas, sus casas son de piedra”

Estos comentarios vitalizaron mi paradigma antropológico e inicié las coordinaciones para tener un lugar donde alojarme en Huancabamba. El Once de enero me encontraba camino a Huancabamba con Julián Claudio, quien me alojaría en su casa. Él, es profesor de la escuela primaria de Huancabamba.

Huancabamba tiene como vías de acceso, dos caminos de herradura: el primero, parte de la ciudad de Llata y sigue el curso del río del mismo nombre. El segundo camino, parte de la ciudad de Llata en dirección al centro poblado de Florida. Julián Claudio, me llevó por el primer camino.

A la distancia, observé el pueblo de Huancabamba y sentí que había encontrado algo totalmente nuevo. En los primeros años de especialidad en la universidad me apasione por querer y creer encontrar el ethos de una cultura o supervivencias del pasado en la zona andina, pero eso no es así².

Mirando el pueblo recordaba lo que la gente comentó en Llata, las casas no tienen orden, los caminos pasan por delante y por detrás de cada una de ellas. La gran mayoría de las casas son de piedra con techos de paja. Todos sacan agua de un pozo, nadie tiene agua en sus casas, tampoco hay servicio eléctrico. Casi nadie usa lámparas, sólo en ciertas casas los hay.

En casa del profesor Julián, conocí a su familia. Pavel, Paúl, Iván, Julián, Andy, Pedro y Karina, ellos son sus hijos; su esposa es doña Aquisha; también viven con ellos los abuelos, los suegros del profesor: don Timoteo Ospaña y doña Esther Trujillo. A partir de ese momento los Claudio serían mi familia en la aventura por querer ser antropólogo.

En casa de los Claudio me comentaron que en la comunidad estaban velando a un difunto y me entusiasmé porque nunca había asistido a uno, ni siquiera de mi propia familia. Camino a casa de la familia del difunto me explicaron la acostumbres de la zona para los velorios. Cuando llegue, todos se encontraban alrededor de la cama del difunto, algunos familiares lloraban, otros bebían licor.

Como a las doce de la noche, apareció un comunero que fabricó una máscara con la figura de un cóndor y su pico era una punta de metal filudo; el comunero bailaba, a ritmo del yaraví -que uno de los presentes cantaba- y usando la punta metálica simulaba el volar de un cóndor. Este hombre, picaba a todo aquel que se quedaba dormido o estaba sin beber licor. Otros señores, echaban betún a las personas que se quedaban dormidas, esto fue una constante durante toda la noche.

Fue extraño presenciar este velorio porque no entendía quechua y todos los presentes no dejaron de mirar mis gestos o la manera que tuve al pararme. Por un momento, algunos, pensaron que era personal de PRONOMACHES. Otros, creyeron que venía de parte del alcalde de Llata y que estaba realizando algunas inspecciones.

² Al respecto, en la literatura antropológica en el Perú un grupo de autores reflexionaron sobre el proceso de desarrollo en los enfoques de la teoría de los andes. Ellos inciden en denominar Andinistas, o esencialistas, a los antropólogos que no visualizan procesos de cambio en los andes. Puede ampliarse información en Starn (1992), Rénique (1992), Urbano (1996), Favre (1998) y Urrutia (1992).

Fue mi primera experiencia con mucha gente diferente a mí, en sus modos de actuar y de vestir, pero con las mismas ganas de conocer sobre quién era ese extraño. Yo quería saber más sobre ellos y sentía que ellos también querían conocerme: saber ¿de dónde provenía? ¿Cómo así llegué a Huancabamba? La verdad, ni yo mismo lo sabía. Sabía que estudiaba Antropología, pero ¿querer ser antropólogo era estar allí, era pensar que estaba presenciando “rituales ancestrales”?

Comencé por entender que yo no era arqueólogo. El tiempo que ellos –la gente de la comunidad- vivían era el mismo en el que yo me encontraba. Las formas de relaciones cotidianas que ellos establecieron tienen el mismo sentido de otros lugares donde yo no soy el extraño, donde yo soy uno de los actores sociales. En ese momento, mi paradigma antropológico empezó a entrar en crisis porque no encontraba respuestas a lo aparentemente exótico que representaba los andes.

3. EL HOMBRE MACHO NO COME, TRAGA; EL HOMBRE MACHO NO DESCANSA, TRABAJA ¡CARAJO!

Mi integración con la gente fue difícil porque la población es bilingüe: de idioma quechua y castellano. Yo no hablaba -ni mucho menos entendía- el quechua. Muchas cosas percibí al momento de querer integrarme a ellos, porque conviví con gente que no conocía y sabía que iba a ser una buena temporada, lo único que buscaba era no caerles mal; no caerle mal en el sentido de no alterar su vida diaria.

Diariamente acompañaba a los Claudio en su trabajo, con todos los varones de la casa, todos nos dirigíamos a las chacras de la familia claudio; unas veces trabajamos chacras de cereales otras de papa. Al irnos a trabajar llevábamos nuestra olla de comida porque ya no regresaríamos sino hasta la tarde. La primera vez que acompañé a la familia claudio al trabajo en chacras me sentí marginado por ellos, no era pues un especialista en trabajo agrícola y me decían:

“Tú quédate allicito no más y mira, ya”

La verdad, no me parecía buena la idea porque mi intención era trabajar como ellos, ser parte de su vida diaria y eso estaba claro en mi paradigma antropológico, entonces agarre una calza pequeña -Cashu, herramienta para desyerbar los cereales- y me coloqué al lado de Timoteo, el abuelo. Comencé a desyerbar los cereales -tirapear, es el nombre que tiene el desyerbado- y todos se comenzaron a reír por la manera de cómo lo hacía. Poco a poco, me di cuenta que el trabajo en chacra tiene un orden, cada uno de los que participan empiezan a trabajar conservando ciertos espacios. Según ellos, el más varón es el que termina primero.

Con el correr de las semanas los callos de mis manos estaban por reventar, pero me sentía conector de labores agrícolas, hasta ya me guardaban un espacio a la hora del trabajo e inclusive me atrevía a competir con Timoteo a la hora del trabajo, nunca le gane, el viejo era muy rápido. Esta observación participante me permitió experimentar de cerca lo complicado que puede ser el trabajo en la chacra, como se mueven los ciclos agrícolas, la temporada que tiene la cosecha y cómo todo ello depende de las lluvias.³

Integrarme a la familia Claudio era empezar por disfrutar su comida; el menú consistía en un desayuno de sopa de trigo (dos platos), al medio día una olla de papas, rocoto picado con limón y dos o tres platos de sopa de morón o trigo, para la tarde la sopa de trigo o un Api (mazamorra) de trigo o de calabaza, y siempre escuchando a la abuela y al abuelo decir:

“Come, come que te vas a enfermar, come más, un poco más, me decía Esther”

“Yo soy hombre macho, el hombre macho no come, ¡traga! carajo!, decía Timoteo”

Como a las siete de la noche estábamos listos para dormir y levantarse a las seis de la mañana a preparar el desayuno. Al amanecer la cocina es lugar de reunión, todos nos levantábamos a preparar el desayuno, claro que Esther y Aquisha eran las encargadas, pero todos ayudábamos a cortar leña, entre otras cosas como: moler trigo o traer agua del pozo.

Sin embargo, este aparentemente mundo andino, estaba plagado de una serie de preocupaciones que no se encontraban entre los andes, sino que más bien se extendían a las ciudades, como Lima. Algunos de los hijos de Julián se encontraban estudiando en Lima y todos tenían que trabajar las chacras para tener un excedente para poder comercializarlo en la ciudad de Llata y poder apoyar a sus hijos. Por otro lado, la preocupación -no sólo de la familia Claudio, sino de gran parte de la población- por encontrar medidas de solución para mejorar los servicios de infraestructura en salud y educación. Los problemas políticos de Huancabamba, por querer independizarse de la comunidad de Florida para de esa manera canalizar los recursos municipales y emprender el desarrollo de su localidad.

Estos elementos me hicieron mirar de otra manera al llamado mundo andino. Las relaciones sociales, políticas y económicas no sólo se circunscribían al espectro de Huancabamba, sino que se extendían en todas direcciones.

³ Cerca de Huancabamba se encuentra unos recintos arqueológicos conocido como Cuatro Huancas. Estas ruinas están en la margen izquierda del río Marañon. Cuenta la gente que cuando no llueve es porque Cuatro Huancas están molestas, según varios comuneros en el año 1987 no llovió hasta el mes de junio y la gente había perdido sus cosechas y fue cuando algunas personas no solo de Huancabamba, sino que de todo Llata fueron hasta las cuatro Huancas para bañarlas con agua, cuentan que al día siguiente llovió.

Mientras me encontraba en medio de comprender esa situación, acostumbraba llegar los domingos a la ciudad de Lata para comprar coca para los abuelos y algunos víveres para la familia Claudio, lo cierto es que me demoraba poco: salía a las siete de la mañana y regresaba a las once o doce del medio día. Pero cuando llegaba a la ciudad, lo primero que hacía era correr a un restaurante, siempre uno extraña la comida que habitualmente digiere.

Una mañana de domingo, en el restaurante, me di cuenta que el viaje terminaría pronto. Una mañana salí de casa de los Claudio y no sabía si ya era antropólogo. Dos meses y algo más estuve en Huancabamba y me despidieron con la promesa de siempre:

“¿Cuándo volverá don Víctor?, me dijeron Esther y Timoteo”

4. A MANERA DE CONCLUSIÓN

Después de casi dos años de esa excursión a Huancabamba y al escribir mi experiencia de campo en un contexto en el que la antropología en el Perú continuaba discutiendo sobre la validez metodológica de la posición del etnógrafo en el trabajo de campo, me pregunto: si ¿querer ser antropólogo es hacer trabajo de campo?

Entiendo que ser antropólogo no sólo es hacer trabajo de campo, tiene que ver también con la mirada antropológica, es decir una perspectiva de la teoría antropológica. Estos dos elementos deben de complementarse en un trabajo de campo, en el diseño de una metodología de investigación adecuada -puesto que este representa el cordón umbilical del quehacer antropológico- y debe ser tratado con una rigurosidad adecuada para tener resultados que aporten a la elaboración de investigación concretas y aporten a recomendaciones para la elaboración de política sociales.

Sin embargo, debemos de dejar de pensar que la Antropológica se circunscriba a espacios determinados, llámese antropología urbana, antropología andina o antropología amazónica, entendidos como objetos de estudio, nuestros paradigmas antropológicos. Debemos tener claro que un factor para el estudio de la antropología es el espacio y otro es la categoría de análisis que se utiliza para desarrollar la investigación antropológica.

5. BIBLIOGRAFÍA

ROBLES, Walter (1988). Historia de Huamalíes. Ediciones Puma

STARN Orín. (1992). “Antropología andina, andinismo y sendero luminoso”. En Allpanchis: Guerra en los andes. N° 39. Cusco,

DEVEREUX, George. (1977) De la Ansiedad al Método en las Ciencias del Comportamiento. Traducción Félix Blanco S. XXI editores.

URRUTIA, Jaime. (1992). Comunidades campesinas y antropología: historia de un amor (casi) eterno. En Debate Agrario N. 14. Lima-Perú. CEPES

FAVRE, Henri. Los Antropólogos y la nave de Teseo.

URBANO, Enrique. Inkari antes y después de los Antropólogos. En MARGENES: encuentro y debate. Revista semestral año 1-N.1.Casa de Estudios del Socialismo.

RENIQUE, José Luis. (1992). Antropología e ideología: notas sobre un artículo controvertido. En Debate Agrario N.15 Lima-Perú. CEDEP.